

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

11-9-1959

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

LA INFINITUD

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.
I.S.B.N.: 84-86724-01-5
Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID – 28006 ROMA – 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

[...] El ser de Dios es de un fecundísimo ser fecundo por infinitud de ser; ya que Dios se es infinitud de atributos en su sola perfección. Pero, por serse Él el Infinito, su ser es tan exuberante que, en cada atributo, es infinito en riqueza.

Para comprenderlo mejor, diremos, adecuándolo a nuestro modo humano: cada atributo rompe en infinitud de colores de ser –sin ser colores–, y cada color de esos colores, en infinitud de matices, distintos en la variedad de su infinitud e iguales por su perfección.

¡Cuánta perfección...! ¡Cuánta infinitud...!
¡Cómo lo entiendo...! ¡Qué gozo que mi Dios gozoso sea así...!

Dios, a pesar de ser una sola perfección, rompe en infinitud de riquezas que son los atributos. Y cada uno de los atributos contiene en sí todos los demás atributos; y cada uno rompe

en infinitud de modos o maneras de su misma perfección o matiz.

En el amor, rompe el ser de Dios, como amor, en infinitud de colores de amor –al decir colores, no es que sean colores, sino matices o riquezas fluyentes de esa misma perfección–, con tal infinitud, que cada color es de infinitud de colores. Y cada uno de esos colores o estilos o matices rompen en infinitudes infinitas de infinitos colores.

Dios, como amor, rompe en infinitud de maneras de amor; y cada una de estas maneras es el mismo amor en todas sus maneras, y cada una de esas maneras rompe en infinitud de modos de amor.

Una catarata de agua, por ejemplo, rompe en millares finitos de gotas de agua; y cada una de esas gotas, en millares finitos de gotitas de agua; y cada una de esas gotitas, en otros millares de gotitas.

En este ejemplo, cada vez es más pequeña la gotita. En Dios, no: cada catarata de amor es igual de infinita que cada una de esas gotitas. Por eso es infinito e interminable, porque, en Él, no pasa como en la tierra, que las cosas cada vez son más pequeñas al partirlas.

En Dios, por infinitud de ser, todo es igual de infinito y perfecto. Por lo que cada atributo es igual de infinito que todos los atributos juntos, y cada color o matiz en cada atributo es igual

de infinito o fecundo que cada matiz o atributo o ser; ya que Dios se es el Ser o Perfección suma, en la cual, por infinitud de perfección, son todos los atributos o perfecciones en su sola perfección.

Perfección que, rompiendo en tres Personas, es la Trinidad, ya que la Familia trinitaria es la actividad del ser rompiendo en Personas. Y no es que el ser *rompa*, como se suele decir, sino que la Trinidad es todo el ser, y el ser es común a las tres divinas Personas, y cada una de las divinas Personas se identifica con el ser.

Yo no sé cómo explicaré todo esto que veo de la infinitud del ser de Dios.

Dios es tanto ser, tan infinito, ¡tanto, tanto, tanto...!, que yo nunca lo podré decir. Por lo que, cuando Dios, metiéndome en Él [...], se me muestra en su ser o en su Trinidad o en su infinitud, yo digo de una manera y de otra lo que puedo, ante la riqueza de la infinitud infinita del Infinito Ser. [...]

Señor, ¡que yo soy pequeña...! Intento explicar cómo es Dios, en todos sus atributos, infinito; o mejor, veo lo que es la infinitud [...]; que la misma infinitud es todo su ser infinito de infinita infinitud rompiendo en tres Personas.

Señor, ¡que soy pequeña...! Y ahora sé también que Tú te eres el Infinito, porque en tu infinito ser todo es igual de fecundo e infinito. Y eso

es lo que te hace ser el Infinito. ¡Yo te adoro, mi Dios infinito!

Al querer exponer [...] cómo Dios se es infinito y cómo, en cada uno de sus atributos, Dios se es infinito en infinitud de matices infinitos, he visto con la rapidez de un rayo cómo todos los atributos conocidos o incognoscibles son un solo atributo en infinitud de colores, de estilos o matices de atributos.

En Dios, al estar viéndolo nosotros y conociéndolo, vemos que aquel atributo nos lleva al conocimiento de otro atributo.

En tal infinitud son los atributos, que, a pesar de ser cada uno en infinitud de colores de atributos, están tan apiñados, tan apretados, tan conformes, que son uno solo, y en cualquiera de ellos, son todos los demás. Y al ver nosotros en el Cielo un atributo en su infinitud de colores o matices, veremos cómo cada uno de esos colores o matices es todos los atributos, es ¡el Ser...!

Y hasta el mismo atributo de la infinitud tiene infinitud de matices de la infinitud. Y esta misma infinitud tiene su raíz en otros atributos. Y es por sí misma y por los otros atributos, que asimismo son infinitos por la infinitud del ser de Dios.

Dios es el Infinito Ser simplicísimo que, en su misma infinitud, es el Ser simplicísimo, y en

su misma simplicidad, es el Ser infinito. ¡Oh, mi Dios infinito por infinitud de ser infinito, que en tu infinitud Tú te eres el Infinito...!

Y toda esta infinitud es en una sola perfección de riqueza infinita, y, en cada una de esa infinitud de matices, cada uno de esos matices son infinitud de atributos. Y como los atributos son infinitos en su número, y cada uno de ese número tiene infinitud de atributos en su número, el ser de Dios es de tal infinitud, de tal fecundidad, que tiene que ser eterno y en una sola perfección infinita.

La Eternidad tiene que ser en un acto de eternidad eterna de ser infinitamente fecundo, y esto es Dios.

En cada atributo está contenido todo el ser, y este mismo ser es toda la infinitud de atributos.

Y el Padre, contemplando toda esta infinitud de atributos, rompe en una canción por el Verbo en infinitud de colores de amor, en infinitud de canciones de amor –que es lo mismo que decir en infinitud de canciones de ser–, en una sola y silenciosa Palabra que, tan infinitamente se es amor filial, por el ser recibido del Padre, y tan infinitamente contempla el Padre todo su ser, que rompen en cataratas infinitas de amor, que tiene que ser Persona Amor de la infinita fecundidad del Padre que contempla y de la infinita fecun-

didad del Verbo que expresa. Y tan infinitamente el Espíritu Santo se es amor, que se es todo el ser infinito en infinitud de colores de ser y de atributos, rompiendo en Persona Amor.

De tanto serse el Padre y el Verbo infinitos, y de tanto amarse en su infinito y fecundo ser, procede la Persona Amor: el Espíritu Santo.

Y no solamente Dios se es infinito en cada uno de sus atributos, sino que cada uno de ellos, como anteriormente decíamos, es infinito.

En el ejemplo que poníamos, en el atributo del amor –como podía decirse de cualquier otro: la bondad, la fortaleza, la justicia, etc.–, este atributo del amor, es de infinitud de matices de amor.

Descendiendo, para que se pueda entender mejor, al amor humano –aunque esta comparación me sabe a profanación– diremos que el amor humano es de muchos matices: amor de madre, esposo, hermano, amigo...

En Dios, cada uno de esos atributos son de infinitud de matices de ese mismo atributo, y cada uno de esos matices son de infinitud de perfecciones distintas, y cada una de esas perfecciones rompe en infinitud de infinitudes de perfecciones que, en infinitudes de matices, todas esas perfecciones interminables e infinitas son el atributo del amor y el mismo ser divino.

Ahora, este mismo atributo del amor es también amor de justicia, amor de bondad, amor de

misericordia... Y, por ejemplo, el amor de misericordia rompe en infinitud de matices de amor de misericordia; y cada uno de esos matices rompe en otras infinitudes por infinitudes infinitas de infinitas perfecciones de amor de misericordia.

Y si miramos la misericordia de bondad, esa misericordia de bondad rompe en infinitudes de otras perfecciones de ese mismo matiz. Y esa misma misericordia de bondad amorosa rompe en otras infinitudes de esos tres matices. ¡Y así en cada uno de los atributos conocidos e incognoscibles!

En Dios hay infinitud de infinitudes de atributos incognoscibles para nosotros.

Cada uno de esos atributos, en sí mismos, son de infinitud de matices de ese mismo atributo; y cada uno de los atributos tiene en sí las infinitudes de perfecciones y de matices de todos los otros atributos infinitos.

Y cada uno de los atributos es todo el Ser divino, ya que en cada uno de ellos son todos los demás atributos. Y este divino Ser es el conjunto y la variedad infinita de todos los atributos que, en infinitud de perfecciones, son infinitos en un simplicísimo acto de ser.

Dios es la saciedad e infinitud de perfecciones y atributos en infinitudes de perfecciones.

Y el Padre, al contemplarse, sacia infinitamente su capacidad infinita. Su serse es lo que eternamente el Padre tan gozoso contempla. Y lo contempla en tal infinitud y fecundidad, que, de sobreabundancia de ese mismo ser, engendra una Palabra tan infinita y perfecta como Él mismo. Y en tal infinitud, que de la sobreabundancia filial en el Hijo surge un amor que contiene en sí, recibido del Padre y del Verbo, todo el ser divino: el Espíritu Santo.

Dios, por su infinita fecundidad, es eterno. Y la Eternidad no es otra cosa que un Acto de ser infinitamente fecundo en tres Personas... ¡Y esto es Dios...! Hombre, ¡esto es Dios, que será tu única alegría, contento, saciedad y felicidad por toda la eternidad!

Ese Ser eterno quiere dársete, ser conocido y amado por ti para que tú seas dichoso, ya que sólo en Él está la única y verdadera felicidad.

Dios quiere ser conocido amorosamente, quiere darse a conocer a las almas, y para eso “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”.

El Ser divino es el conjunto de todos los atributos y perfecciones.

Todas las cosas hermosas de la tierra, todo lo que nos enamora, todo lo deseable, todo lo puro, todo lo santo...; una puesta de sol con todos

sus más bellos matices y coloridos, una noche estrellada, con el rumor del silencio..., el canto del pájaro, el bramido del mar, las grandes tormentas, el silbido del aire...; todo lo que en la tierra nos puede deleitar y agradar a nuestro conocimiento y a nuestro sabor espiritual, todo lo que es hermosura, tiene su razón de ser en el Ser divino.

Todo ha sido creado como dibujo imperfecto que expresa las infinitas perfecciones. Bien claro está cómo las cosas creadas, a lo humano, “narran la gloria de Dios”. Todo lo creado grita: ¡Dios...! En todo lo creado se oye un murmullo: ¡Dios...! Y todo lo dice según su especie. Todas las cosas tienen su razón de ser en Dios y narran la gloria del Infinito.

Todos los amores de la tierra, y las virtudes y las perfecciones, nos están diciendo a gritos que Dios es el que Es y que las cosas creadas tienen su razón de ser en el que se es la razón de ser de todas ellas.

“El que tenga oídos para oír, que oiga”; el que tenga ojos para ver, que vea; y el que esté ciego y el que no oiga, que afine su oído y abra bien sus ojos, porque presto vendrá el Esposo para arrebatarse el alma de la esposa y para mostrarle en luz todo lo que aquí vio y oyó en tiniebla.

“Abre bien tu boca, que yo te la llenaré”. Abre bien tus ojos y verás. Abre bien tu oído y oirás aquel Concierto de colores infinitos que sólo los limpios de corazón y los pequeños oírán y verán

por infinitud infinita de eternidad y por eternidad infinita de colores, sin ser colores...

Dios es el Ser que, en infinitud de serse, rompe en un acto vital y trinitario, que será nuestro gozo por toda la eternidad.